

¿Para qué servimos los politólogos?, de Josep Maria Vallès (prólogo de Ignacio Sánchez-Cuenca), Libros de la Catarata, Madrid, 2020, 173 pp.

Eduardo Torres Alonso*

¿Qué hacen las personas que estudiaron ciencias políticas?, ¿la ciencia política es relevante para la sociedad?, ¿la gente conoce de qué se trata esa licenciatura?, ¿ser politólogo o politóloga es lo mismo que ser político o política?, en fin, ¿para qué sirven los politólogos? Son algunas de las preguntas que se formula e intenta resolver Josep María Vallès en su libro más reciente libro sobre la disciplina y sus practicantes.

Construido con un lenguaje accesible y elegante, el profesor emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona, quien también ha ejercido el poder público como diputado del Parlamento de Cataluña y Consejero de Justicia del Gobierno de Cataluña, busca resolver algunas de las incógnitas que tienen las personas cuando conocen a alguien con un título en ciencias políticas. “Oye, sobrina, ¿qué estudias?”, pregunta inquieta la tía, “ciencias políticas”, responde la sobrina orgullosa de estar matriculada en la facultad; “Eso, ¿de qué va?”, inquiera el tío. Ahí inicia el problema para la sobrina que debe responder casi a una pregunta existencial. Quienes estudiamos ciencias políticas irremediablemente hemos pasado por esos cuestionamientos y hecho el esfuerzo de explicar nuestra naturaleza. Menudo problema porque, a veces, nosotros tampoco sabemos qué hacemos y para qué servimos. Teorías, datos, autoras y autores, escuelas de pensamiento, métodos de investigación, filosofía clásica y contemporánea, y un largo etcétera es lo que se estudian en la licenciatura en ciencia política, pero con todo ello, qué se construye. Se aprende a desarrollar pensamiento especializado que ayuda a identificar, comprender y, considerando las circunstancias, a resolver problemas de naturaleza política, aunque no exclusivamente, porque, como se sabe, los problemas —y menos los de índole social— nunca pueden solucionarse con el concurso de una sola ciencia.

José María Vallès está consciente de la dificultad de politólogas y politólogos para desentrañar su ser y exponer su utilidad social. Dividido en cuatro capítulos y un epílogo, y acompañado de un prólogo de Ignacio Sánchez-Cuenca titulado “Siente a un politólogo a su mesa”, el libro, editado en 2020, el año de pandemia, por Los Libros de la Catarata, no es una descripción de los planes y programas en ciencia política de las facultades europeas o americanas, sino que desentraña el intricado sendero para que una persona que ha abrevado de la ciencia política advierta su propia naturaleza. A diferencia de otras profesiones, la ciencia política es poco conocida, aunque ha tenido momentos de estrellato: por ejemplo, a Podemos, el partido político español, se le ha llamado el “partido de los politólogos” porque varios de sus fundadores más conocidos tienen títulos en esa área y han impartido clases de política. No obstante, que haya instituciones para politólogos o hechos por politólogos no es frecuente, como sí ocurre en otras disciplinas que han creado instituciones *exprofeso* para sus practicantes, verbigracia la ciencia jurídica. “[...] el abogado define y hace surgir organizaciones *ad hoc*, que parecieran instituidas para él, como los tribunales, así como cargos ocupados en exclusividad, como juez o defensor” (Guerrero, 2015: XIV).

75

El primer capítulo del libro de Vallès se titula “Politólogos, política y ciencia política” y fiel a la tradición formativa de muchos, inicia explicando conceptos centrales: política, ciencia política y politólogo. La discusión sobre el primer es de antiguo y no se va agotar; cada generación reflexionará sobre el contenido de la política, de sus alcances y de su objeto. Para unos, es una actividad colectiva que persigue el bien común; para otros, significa el ejercicio del poder; unos más piensan que la política es la tarea del Estado y de las instituciones; algunos señalan desde una posición economicista que es la producción de bienes públicos, y otros que la política es la gestión de conflictos y tensiones (pp. 21-22). Ahora bien, a la ciencia política le toca la tarea de identificar el lugar y el papel de la política en la sociedad (p. 25). En este capítulo, también se reflexiona sobre un tema que ha generado interés en la academia: el estatuto científico de la disciplina.

“¿Dónde y cómo se forman los politólogos?” es el capítulo dos en donde se examina el proceso que tuvo la ciencia política para incorporarse al mundo universitario hacia finales del siglo XIX. Hay que tener presente que la expansión de la ciencia política ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial cuando, con el apoyo de la UNESCO, se creó la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA). La formación en ciencia política, de acuerdo con Vallès, busca brindar una triple capacidad: reunir información sobre fenómenos políticos, explicar su origen y explorar la posibilidad de modificar su curso; es decir, investigar, describir, interpretar y valorar (p. 51). La politología forma personas para el pensar y para el actuar. El capítulo siguiente, el tres, “Los politólogos en acción: posibilidades

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. etorres@unam.mx

y límites”, acomete la tarea de exponer datos sobre la situación laboral de los egresados a nivel internacional y en España. Se pueden distinguir cinco ámbitos laborales en donde las y los profesionales de la ciencia política se incorporan: la educación, las instituciones públicas, el tercer sector, la empresa y los medios de comunicación. Estos ámbitos se ubican en zonas fronterizas, lo que significa que una persona pueda dar clases en una universidad y, a la vez, colaborar con una asociación civil o fungir como asesor de algún grupo empresarial. Un aspecto que se resalta es la importancia de los colegios de profesionales o de las asociaciones nacionales o locales de ciencia política que han logrado visibilizar la disciplina y a sus practicantes, logrando abrir espacios laborales para ellos.

“En busca del beneficio común” es el capítulo cuatro, dedicado a examinar la aportación de la ciencia política a la sociedad y a identificar algunos de los debates que han surgido al interior de la comunidad politológica. Sobre esto último, destaca la carta del año 2000 firmada por “Mr. Perestroika”. Sobre el primer aspecto, si bien la ciencia política ha estudiado con profundidad algunos temas como el autoritarismo o los sistemas electorales, ha dejado de lado otros como que tienen que ver con las necesidades más inmediatas de la sociedad: salud pública, seguridad, demografía, etcétera. Es cierto, esos temas no forman parte de las preocupaciones centrales de la disciplina, pero no tomarlas en cuenta, desde una perspectiva multi e interdisciplinaria, devendrá en un mal tratamiento del problema desde su dimensión política. El texto cierra con un Epílogo en donde el autor hace un llamado a los profesionales de la ciencia política para participar activamente en la creación de un futuro colectivo postcovid.

¿Para qué servimos los politólogos? es un libro interesante que ayuda a reflexionar sobre la historia y perspectivas de la ciencia política como de su estatuto epistemológico, y sobre la fisonomía de una disciplina cada vez más conocida, aunque todavía poco comprendida.

Bibliografía

Guerrero, Omar. 2015. *El abogado en el bufete, el foro y la administración pública*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-Universidad Nacional Autónoma de México.